

1. Libros de mayores

Era el primer libro de mayores que leía. Hasta ahora todos habían sido finitos, de tapas blandas y con dibujos infantiles en la portada, pero este era otra cosa. Tenía unas doscientas páginas y las tapas eran duras y de color verde oscuro y estaban protegidas con un papel en el que se podía leer el resumen de la historia junto a la imagen de unos niños sonrientes.

Estaba preparada desde hacía tiempo para leer un libro de mayores pero no se había atrevido a hacerlo. Una vez en el colegio cogió un libro de la biblioteca y cuando llegó a casa vio que en la contraportada ponía: «Para mayores de nueve años». Y aunque estuvo a punto, no se atrevió a leerlo. Lo hojeó

durante varios días dudando sobre si debía saltarse las reglas o no, y al final no lo hizo. Metió de nuevo el libro en la mochila y lo llevó a la biblioteca.

Se puede decir que lo que sintió fue miedo. ¿Miedo a qué?, pensaréis. Pues miedo a no hacer lo correcto. O simplemente miedo, miedo sin más. Y es que si una cosa estaba empezando a tener clara Tabita a sus ocho años era que el miedo no siempre tiene que ver con monstruos ni con fantasmas.

2. El miedo de Tabita

La historia era fantástica, hablaba de un grupo de amigos que vivía en una aldea y narraba todas sus aventuras a lo largo del año. Desde los soleados días de verano que pasaban corriendo con los pies descalzos hasta los hogareños días de Navidad que transcurrían entre pastas de té y pavo relleno junto a una bonita chimenea. Por fin podía leer un libro que le parecía verdaderamente interesante. Siempre le había gustado que le contasen historias, y las películas le encantaban, pero lo suyo con los libros era algo especial y llevaba tiempo deseando pasar al siguiente nivel, como siempre andaban diciendo sus amigos sobre los videojuegos. A ella todo eso le daba bastante igual, los videojuegos estaban

bien para un rato, pero lo que de verdad le ilusionaba era que al fin había dejado atrás los libros para niños pequeños. Su nuevo libro utilizaba además un montón de palabras nuevas para ella, y había decidido incorporarlas a su vocabulario para así poder explicar mucho mejor las cosas. Sobre todo a los mayores, que con eso de que era una niña a veces simplificaban todo demasiado y le hacían sentir como si tuviese el cerebro de mosquito.

De hecho ya había encontrado una palabra perfecta para explicar lo que le ocurría cada día cuando empezaba a oscurecer. Era verano y lo estaba pasando genial. Como todos los veranos sus días transcurrían en la piscina, entre amigos, baños, partidas de cartas y juegos de mesa. Su favorito era el Cluedo. Dedicaban tardes enteras a descubrir quién era el culpable en ese juego de misterio que le gustaba y le asustaba a partes iguales. Se imaginaba en la enorme mansión que aparecía en el tablero, con biblioteca, baños antiguos, grandes cortinas y personajes como la señorita Amapola. «¿Acaso puede haber un

nombre más bonito que Amapola?», pensaba siempre que le tocaba la carta de aquella elegante mujer vestida de rojo. Le encantaban esas tardes, le encantaba el verano, pero entonces empezaba a oscurecer... y ella comenzaba a estremecerse y a sentir dolor de tripa.

Estremecerse era la palabra que había descubierto en su nuevo libro y que explicaba a la perfección lo que le pasaba por las tardes, cuando se le encogía el estómago al ver que la noche se acercaba; aunque había llegado a dudar de si era tan perfecta como creía porque cuando la había utilizado con mamá le había parecido que se quedaba un poco preocupada. ¿Pero qué podía hacer? Realmente se estremecía. Y es que, aunque le diese un poco de vergüenza reconocerlo... le asustaba muchísimo el silencio de la noche. ¿Cuál era la receta mágica para dormirse rápido? Algunas veces pensaba que aunque sonase descabellado, quizás sí que había una receta que todos los demás conocían. Todos menos ella.

Veía cómo sus amigos parecían tan felices cuando llegaba la hora de irse a casa, después de ese último baño que siempre conseguían

darse a pesar de que los padres les decían que no, que ya era muy tarde y que había que irse a cenar. Ellos insistían e insistían hasta que al final algún padre se rendía y decía que vale, que para eso era el verano, y salían corriendo para tirarse a bomba a la piscina. Era divertido, aunque siempre sentía ese pequeño nudito en la tripa que iba creciendo a medida que la noche se iba haciendo más oscura. Estaba claro que a los demás no les pasaba nada parecido, porque cuando los miraba allí estaban, riéndose sin parar, envueltos en sus toallas de colores y con el pelo empapado. «Seguro que conocen la receta mágica», se decía a sí misma Tabita, pero luego pensaba que ella debía de tener más o menos el mismo aspecto. ¿Querría eso decir que quizás sus amigos también sentían miedo?

Las cenas ese verano estaban siendo largas y pesadas. Sabía que cuanto más se entretuviese cenando más tardaría en irse a la cama, aunque tenía que reconocer que a veces era demasiado aburrido. Sus padres a menudo se hartaban y terminaban dándola por imposible.

—Tabita, cariño, llevas una hora cenando, nosotros nos vamos al sofá —le decían, y ella se quedaba en la cocina dándole vueltas y vueltas a los huevos, que empezaban siendo fritos y terminaban siendo revueltos.

Por supuesto, extendía todo lo que podía el lavado de dientes y la despedida hasta el día siguiente. Pero daba igual cuánto pudiese retrasarlo, al final el momento de irse a la cama llegaba y ocurría lo esperado: le daban un beso de buenas noches y todo se quedaba en silencio. Intentaba comportarse como se suponía que lo haría una persona mayor, al fin y al cabo ya tenía ocho años, pero no conseguía estar quieta más de uno o dos minutos (o eso era lo que calculaba ella), porque estaba convencida de que el tiempo por la noche pasaba más despacio que por el día. Oía su respiración muy alto y el corazón como si lo tuviese en los oídos. «Es como si me oyese por dentro», pensaba, y después se incorporaba para mirar a su alrededor. Todo estaba tan quieto, tan callado... A veces se oían pequeños crujidos de muebles que la sobresaltaban haciéndola volverse en busca

del origen del ruido, aunque sabía a ciencia cierta que no había nadie allí. La verdad es que no recordaba haber tenido nunca miedo a los monstruos ni a los fantasmas. «¿Por qué iba a tener miedo de monstruos y fantasmas si no existen?», pensaba.

Lo que le asustaba era estar sola, estar sola en medio de aquel silencio. No le gustaba. No le gustaba nada de nada.